

ni llegaba à la raíz de los rencores y venganzas. Con ella solamente se intentaba, ò contener al agresor, amenazandole con la misma pena con que él hubiese afligido à su hermano, ò poner freno al resentimiento del ofendido, haciendole temer, que si se excedia en la satisfaccion, se exponia à padecer la pena del exceso de su venganza.

Hay algunos hombres que no obstante no verse en ellos señal alguna de virtud, se están continuamente reconciliando con sus enemigos; y no pudiendo vencerse en orden à las obligaciones mas fáciles de la vida christiana, parecen Héroes en el cumplimiento de ésta, que es la mas difícil de todas; y esto consiste en que son Héroes de la vanidad, y no de la caridad: que apartan de la reconciliacion lo que en sí tiene de heroyco y penoso en la presencia de Dios, que es el olvido de la injuria, y la mudanza del corazon para con el próximo; y solamente conservan de ella lo que tiene de glorioso para con los hombres, que es la apariencia de moderacion, y una facilidad en reconciliarse que admira al mundo.

La moral de los Filósofos puso el perdon de las injurias en el número de las virtudes; pero esto mas era precepto de vanidad, que regla de disciplina; y porque conocian que la venganza encierra en sí no sé qué exceso, y ruindad que hubieran afeado el retrato, y la soberbia tranquilidad de su Sábio: miraban como cosa vergonzosa que éste no pudiese ser superior à una ofensa; y así, el perdon de los enemigos solamente se fundaba en el desprecio que de ellos hacian: se vengaban despreciando la venganza; y la soberbia se desquitaba, muy à poca costa, del placer de hacer mal à los que nos habian ofendido, con la gloria que hallaba en despreciarlos.

DEL

## DEL AMOR PROPRIO.

Como nos amamos excesivamente à nosotros mismos, y no ponemos límites à nuestros deseos, nunca estamos contentos con nuestro estado, con nuestra elevacion, ni con nuestros puestos: siempre nos parece que falta alguna cosa à las ansias de nuestro amor proprio: si no tenemos todo lo que deseamos, nada nos parece quanto poseemos: nos deshacemos en ideas, en pretensiones, en proyectos, y en medidas: no sabemos gozar tranquilamente de los bienes que nos concede la providencia: mas nos inquieta lo que nos falta, que nos satisface lo que poseemos: mientras vemos que nos falta algun camino que andar, no estamos contentos con lo que ya hemos adelantado: semejantes à un Piloto que navega en alta mar, quando hemos llegado à aquel punto hasta donde se estendia nuestra vista y nuestras esperanzas, descubrimos un nuevo horizonte, y unos espacios inmensos que avivan nuestras pretensiones: quanto mas ensalzados nos hallamos, à mas se estienden nuestros deseos: quanto mas adelantamos, mas camino parece que nos falta que andar: quando hemos llegado al término de nuestros deseos, le miramos como camino que nos guia à otro nuevo término; y nunca estamos contentos con nuestro estado presente: nunca abrazamos la suerte que Dios nos destina: somos ingeniosos en hacernos infelices, y siempre estamos conspirando contra nuestro proprio sosiego; y basta que la providencia nos conceda el bien que hemos deseado mucho tiempo, para que inmediatamente nos disguste.

Ser-

*Sermon para el II. Domingo de Adviento. Tom. I.  
fol. 114.*

**S**I nos hallamos afligidos, siempre nos parecen excesivas nuestras penas por el demasiado amor que nos tenemos: nuestro amor propio es el que nos figura como insufribles nuestros trabajos: el que sentimos tanto nuestras pérdidas consiste en el excesivo amor que tenemos à los objetos que perdemos: solamente siente vivamente el que vivamente ama; y el exceso de nuestras aflicciones siempre proviene del exceso de nuestros amores injustos: siempre abultamos los males propios; y aun esta idea de singularidad en nuestras desgracias lisongea nuestra vanidad, al mismo tiempo que autoriza nuestras murmuraciones: nunca queremos parecernos à los demás: hallamos un secreto gusto en persuadirnos que somos únicos en nuestra especie: quisieramos que todos los hombres no pensasen mas que en nuestras desgracias, como si fuéramos los únicos desgraciados de la tierra.

Nuestro amor propio hace que todo lo ordenemos à nosotros mismos: quisieramos que todas las cosas sirviesen para nosotros solos, como si todo hubiera sido hecho para nosotros: no hacemos caso de quanto sucede en el mundo, sino por la relacion que tiene con nosotros: en una palabra, vivimos como si fuéramos solos en el universo, y como si todo el universo hubiera sido hecho para nosotros solos; y así, no siendo mas que un átomo imperceptible en medio de este vasto universo, quisieramos que toda esta máquina se moviese à medida de nuestros deseos, que todos los sucesos se acomodasen à nuestras ideas, que el Sol solamente naciese y se ocultase para nosotros: quisieramos ser el fin de todos los designios de Dios, así como nosotros nos miramos como uni-

único fin de nuestros proyectos en la tierra; y así solamente juzgamos de todos los sucesos que acaecen, por la relacion que tienen con nosotros; y lo que turba un solo instante nuestros placeres, lo que desordena la soberbia y ambicion de nuestros proyectos, y de nuestras esperanzas, nos desazona y altera.

Como nuestro amor propio nos persuade que à nosotros solos nos ha tocado la sabiduría por herencia, censuramos y reprobamos todo lo que no se conforma con nuestras ideas, y con nuestro modo de pensar en la disposicion de las cosas de la tierra: quisieramos que los puestos y dignidades se distribuyesen à medida de nuestro gusto: que nuestros consejos, y nuestras ideas arreglasen la fortuna pública: que los favores recayesen solamente sobre aquellos à quienes se los destina nuestro voto; y que los públicos sucesos se conformasen con las medidas que nosotros tomamos: reprobamos siempre la eleccion que hacen nuestros superiores; y ninguna persona nos parece digna del puesto que ocupa.

Nuestro amor propio se hace dueño de todo el Universo, y miramos todo quanto deseamos como si en la realidad nos perteneciera: miramos los puestos y honores que se escapan à nuestra codicia, y que se distribuyen à otros, como bienes que nos pertenecian, y que nos usurpan injustamente: todo lo que es superior ò igual à nosotros, nos ofende: miramos con embidia la elevacion de los demás hombres: sus prosperidades nos inquietan: su fortuna es desgracia para nosotros: sus felicidades son un secreto veneno que se introduce en nuestros corazones, y que llenan de amargura toda nuestra vida: los aplausos que ellos reciben, son como oprobrios que nos humillan: quanto à ellos los favorece, lo miramos como contrario à nosotros; y no contentos con nuestras desgracias, convertimos en propios infortunios las felicidades ajenas.

## DE LA INJUSTICIA.

*Paráphrasis del Psalmo IX. Tom. IX.  
fol. 68.*

**E**L hombre injusto , de obscuro y baxo nacimiento , à quien sus hurtos y vejaciones han sacado del lodo , y han llenado de honores y riquezas , no se conoce en el estado de la elevacion : lexos de avergonzarse de la odiosa pompa que le rodea , y de reprehenderse interiormente sus ruindades , y las culpas con que la ha adquirido , la hace mas odiosa por su altivez , y por los soberbios desayres que hace à los que se hallan inferiores à él : Mira como desgracia , y como maldición una inocente y moderada fortuna : trata con desabrimiento y aspereza à los que tienen que recurrir à él por razon de su valimiento y de su fortuna ; y si les dá esperanzas de alguna proteccion , es por añadir la mentira y la mala fé à la insolencia , y para acabar de llenar de dolor à los desgraciados , haciendo inútiles sus instancias y fatigas : aunque reclamen sus promesas , no grangean con sus quejas mas que injurias è imprecaciones : su boca no se abre sino para insultarlos y maldecirlos ; y se precia de haberlos engañado , como si fuera para él cosa gloriosa el haberse despojado de todo sentimiento de humanidad y de buena fé para con los demás hombres.

Si le acomoda el patrimonio del inocente , si la fortuna de éste sirve de obstáculo à la suya , ò si teme que instruído de su mala administracion , juzgue que está obligado en conciencia à descubrirla , entonces procura ganar el favor de los Grandes , hace nuevas amistades con los que están en proporcion para perderle : para esto derrama ocultamente sus rique-

zas

zas y tesoros : se pone de acuerdo con los que tienen poder ; y quando parece que descansa , es quando ya tiene tendidas sus redes , quando está asegurado de la pérdida del inocente , y quando éste no puede librarse de la malicia de sus artificios.

El hombre injusto siempre tiene fixos sus ojos en el pobre , buscando el tiempo mas a proposito para oprimirle : es como un Leon escondido à la entrada de su cueva , y que está impaciente esperando la presa : lleno de riquezas , y nunca bastantemente satisfecho , mira à todas partes para ver si encuentra hombres desvalídos à quienes poder oprimir con seguridad y sin riesgo : ¡ desgraciados de los que se ponen delante de su vista ! : por cortos que sean sus bienes , todavia son suficientes para irritar la sed de este Leon , deseoso de la sangre de los pobres : con tal que se hallen destituídos de defensa , tarde ò temprano vendrán à caer en los lazos que los arma en secreto , y llegarán à ser presa suya.

Ha llegado à tanto la perversidad de los hombres , que el deseo de juntar riquezas poblaria la tierra de tiranos , si las caídas repentinas , el fatal è improviso trastorno de su fortuna , y los golpes de una mano invisible , no introduxeran el espanto , y la consternacion entre sus imitadores , y no hicieran ver à los hombres que hay un Sér supremo , superior à ellos , que preside à las cosas de la tierra ; y presto se convertiria el mundo en un caos informe , por la universal confusion que en él introducirian : desterrarían de él la buena fé , la seguridad , y el pudor ; y no dexarian de cometer otros delitos mas que aquellos para los que se hallasen imposibilitados : pero como el Señor , saliendo de tiempo en tiempo del retiro de su Santuario , dá aquellos grandes golpes que asustan al Universo , y que abaten aquellas soberbias cabezas que se levantan hasta las nubes , como para ultrajarle

Q 2

has-

hasta en su santa morada, y dá à entender que es dueño y Soberano de todo, se atemoriza el pecador; y aunque no se despoje de la voluntad de obrar mal, suspende à lo menos sus efectos, y teme que el rayo, cuyo ruido está oyendo, venga à herir su cabeza.

El hombre injusto conoce que sería cosa muy peligrosa para él el oprimir públicamente à sus próximos; y así, se vale de los ardidés, y no omite diligencia alguna para conseguir este fin: para esto emplea sin escrupulo las mas indignas vilezas, si ve que pueden contribuir à sus culpables designios: con tal que consiga despojar al infelíz, y vestirse con sus despojos, no repara en el fraude, en el artificio, en la perfidia, ni en el perjurio: atrae à sus redes à los que intenta perder, con palabras alhagueñas, y con demostraciones de amistad: los hace creer que en él han de hallar proteccion y asilo: los deslumbra con mil frívolas apariencias: no hace escrupulo de valerse del terrible nombre del Señor para confirmar sus promesas, si lo juzga necesario; pero quando ya se han fiado de él, y los tiene seguros entre sus lazos, se despoja de las vanas exterioridades de afabilidad y agrado: se manifiesta como un dueño bárbaro y cruel, que juzga serle lícito usar de qualquier rigor con su esclavo: le trata con la mayor barbaridad: le despedaza, sin que nada pueda mitigar su furor, mientras le queda al infelíz algun recurso para poder salir del abismo en que le ha precipitado.

## DE LA ADULACION.

*Sermon para el dia de la Epiphanía. Tomo I.  
fol. 313.*

**S**I examináramos atentamente nuestras obligaciones, nuestros tratos, y nuestras conversaciones, hallariamos que todos nuestros discursos, y todos nuestros pasos no son mas que mitigaciones de la verdad, y condescendencias para acomodarla à las preocupaciones, ò pasiones de aquellos con quienes tenemos que vivir: nunca les manifestamos la verdad, sino de modo que pueda agradarlos: siempre hallamos alguna excusa, aun para sus mas deplorables vicios; y como todas las pasiones se parecen à alguna virtud, siempre procuramos salvarlas con esta semejanza.

*Sermon para el dia de la Purificacion. Tom X.  
fol. 6.*

**L**OS Grandes gustan de ser aplaudidos; y como entre todos los aplausos la imitacion es el mas lisonjero, y el menos equívoco, estamos seguros de agradarlos luego que procuramos parecernos à ellos: gustan de hallar en sus imitadores la apología de sus vicios; y buscan en todas las cosas que los rodean, motivos con que asegurarse contra sí mismos.

*Paráphrasis del Psalm. IX. Tom. IX. fol. 63.*

**C**Ausa admiracion el que los hombres sean tan injustos y disolutos, que se olviden de Dios en su prosperidad: todo quanto los rodea los engaña y adormece con continuas adulaciones: sus mas iníquos deseos, y sus mas culpables acciones hallan elogios